

La mirada sociológica y sus anteojeras

Randall Collins*¹

¿La sociología tiene un núcleo? Sí, pero no es una esencia eterna; tampoco una serie de textos o ideas, sino una actividad.

Esto no equivale a decir que la disciplina de la sociología siempre existirá. La sociología se volvió una comunidad consciente de sí misma recién a mediados del siglo XIX, hace aproximadamente cuatro generaciones, y ha sido una disciplina académica por cuatro generaciones o menos. Las disciplinas aparecen y desaparecen. El concepto mismo de especialización disciplinaria tal como lo conocemos fue creado en el período napoleónico en los tiempos de reorganización de las Academias Francesas, como Johan Heilbron ha mostrado en *The Rise of Social Theory* (1995). No hay garantías de que una disciplina particular permanecerá fija. La biología, una disciplina primeramente reconocida por Auguste Comte, ha cambiado reiteradamente sus límites, combinándose con la física y la química, o derivado de la genética y la ecología, componiendo una cambiante colección de nuevos campos. Los descubrimientos no respetan las fronteras administrativas. Los mayores avances en investigación o teoría tienden a arrastrar a seguidores, los que a su vez se institucionalizan en alguna forma organizativa, por algún tiempo, hasta la próxima ronda de descubrimientos.

De manera semejante, los sociólogos forman continuamente comunidades híbridas en sus fronteras, por ejemplo, con la economía, la teoría literaria o la informática. En décadas recientes, disciplinas híbridas como la justicia criminal, los estudios étnicos, los estudios de género, la administración [*management*], los estudios de la ciencia y la tecnología (lo que alguna vez fue “sociología de la ciencia”) se han separado, superpuesto o invadido a la sociología. No hay nada que lamentar en esto. Una mirada a la historia de las redes intelectuales de larga duración y a las organizaciones académicas muestra que las ramificaciones y recombinaciones son centrales para impulsar la innovación intelectual.

La sociología, como todo lo demás, es un producto de condiciones históricas particulares. Pero también creo que hemos dado con una actividad intelectual particular. Su atractivo es lo suficientemente fuerte como para mantenerla viva, cualquiera sea su nombre en el futuro y pase lo que pase a las formas institucionales circundantes que la rodean. El atractivo de esta actividad es lo que involucró a muchos de nosotros con la sociología. Uno se engancha con la sociología, con ser sociólogo. La actividad es ésta: mirar al mundo que nos rodea, dar cuenta del mundo inmediato en el que vivimos a través de la mirada sociológica.

Hay sociología en todo. Podemos encender la mirada sociológica sin importar dónde estamos o qué estamos haciendo. Atrapados en una aburrida reunión de comité (es más, en una reunión del departamento de sociología), podemos inspeccio-

nar el patrón de quién está sentado al lado de quién, quién hace contacto visual y cuál es el ritmo de la risa (forzada o espontánea) o de los discursos grandilocuentes. Caminando por la calle o saliendo a correr podemos explorar el patrón étnico y de clase del barrio, buscar líneas de segregación etaria o pequeños reductos de solidaridad. Esperando la cita con el médico podemos aprovechar para leer las profesiones y la burocracia en lugar de viejos ejemplares de *National Geographic*. Atrapados en un embotellamiento de tránsito podemos estudiar la correlación de los modelos de autos con las calcomanías de los paragolpes o con los tipos de música que retumban desde las radios. No hay literalmente nada que no podamos ver de una forma nueva si le dirigimos una mirada sociológica. Ser sociólogo significa no aburrirse nunca.

Ahora bien, ¿no se puede pensar que toda disciplina tiene una perspectiva particular sobre cualquier aspecto de la realidad? ¿No podría un físico ver las leyes del movimiento en todas partes, o un economista pensar en las curvas de oferta de todo lo que sucede en la vida diaria? Pienso, sin embargo, que la sociología es peculiarmente atractiva en este caso. Lo que los físicos y químicos pueden ver en la vida cotidiana es sin duda banal para ellos. La mayoría de sus descubrimientos en los siglos recientes han sido realizados con equipamiento de laboratorio esotérico. Disciplinas como la economía, es cierto, podrían probablemente imponer una aplicación de alguna de sus teorías en muchísimas cosas. Pero, para prácticamente todas las disciplinas, el mundo inmediato es un espectáculo sin interés. Para los sociólogos es nuestra arena de descubrimiento y la fuente en la que renovamos nuestras energías y nuestro entusiasmo.

Al decir esto no quiero decir que los únicos sociólogos verdaderos sean quienes realizan observaciones etnográficas o participantes, o que el núcleo de la sociología se limite a una microsociología al estilo Goffman. Pienso, por el contrario, que todos aquellos que estamos entusiasmados con la sociología, que amamos hacer lo que hacemos, tenemos la mirada sociológica. Es ésta la que nos da nuevas ideas teóricas y la que hace vivir las teorías que traemos del pasado. El mundo que un sociólogo puede ver no está limitado por la microsituación inmediata. Leer el diario, sea la sección negocios o la de anuncios personales, es a nosotros lo que para un astrónomo es dirigir su telescopio al cielo. Ahí dónde el lector común es llevado por la superficialidad del tratamiento periodístico o por el esquema del melodrama público, la mirada sociológica consigue ver signos de movimientos sociales activándose o desapareciendo, indicadores de dominación o conflicto de clase, o quizá el proceso organizacional por el cual precisamente esta clase de historia termina impresa, definida como noticia. Para nosotros, las novelas describen los límites de los grupos de estatus y la saga de la movilidad social, así como las historias de detectives nos muestran el detrás de escena. Cualquier cosa que leamos con la mirada sociológica se convierte en un indicio de los patrones más amplios de las sociedades actuales o del pasado. Lo mismo vale para el futuro. Los sociólogos de hoy no están simplemente enganchados con el furor de Internet, están empezando a mirar la red como otra frontera para el descubrimiento sociológico.

En pocas palabras, quiero reivindicar que todas las clases de sociólogos: micro-etnógrafos y estadísticos, comparativistas históricos y teóricos por igual, tienen la mirada sociológica. Creo que prácticamente todos los sociólogos más productivos entre nosotros la tienen. Todos hicimos un *click* en algún momento. Pasamos por

un cambio gestáltico en nuestra forma de mirar el mundo. Algunas veces tempranamente en nuestras carreras. Ese fue el momento clave de nuestra iniciación en la sociología. Una vez iniciado, uno puede agotarse o quemarse. Entonces la visión se desvanece. La vida cotidiana se vuelve corriente. El diario deviene nada más que una pequeña sacudida de *clichés* políticos para acompañar el jugo de naranja de la mañana. La sociología se convierte sólo en vida de oficina: procesar números o escribir reseñas sobre una meta-crítica más de la vida de alemanes muertos. Seguro podemos perder la mirada y el entusiasmo; pero la iniciación persiste. El interruptor gestáltico está todavía allí para ser activado. Siempre podemos revitalizarnos volviendo a la fuente. Encender nuestra mirada sociológica e intentar ver algo con otros ojos. Escapar a los discursos dados, a los *clichés* tan comunes, a lo que parece tan obvio y evidente, a las versiones mediáticas sensacionalistas. Es preciso hacerlo extraño a nuestros ojos, como si nunca antes lo hubiéramos visto. Entonces la energía vuelve. Así, sospecho, los sociólogos consiguen revitalizarse por el contacto con su objeto de estudio en mucha mayor medida que los practicantes de casi cualquier otra disciplina.

Ahora quisiera ampliar el argumento. Encender la mirada sociológica es la vía principal por la que muchos de nosotros nos convertimos en sociólogos, pero no es la única. Hay otra vía de reclutamiento, que también actúa como una fuente continua de energía y compromiso. Es la vía del activismo social. Muchos, quizá la mayoría de nosotros, nos interesamos en la sociología porque pertenecíamos a movimientos sociales o teníamos compromiso social. Queríamos hacer algo para cambiar la sociedad, ayudar a la gente, luchar contra la injusticia y redimir al oprimido. Esta imagen de la sociología ha sido la dominante en la mirada pública desde hace mucho tiempo. En generaciones anteriores, la gente solía confundir “sociología” con “socialismo”, o más recientemente con “trabajo social”. Los sesenta dieron otro sacudón radical a esta trayectoria, junto a la reedición del patrón que menosprecia a los mayores por no adherir a la cruzada actual. Nosotros, los de la generación del sesenta, hemos ido experimentando con el tiempo el cambio que proviene de estar en el otro extremo de ese proceso.

También hay complicaciones en la carrera del activismo comprometido. Puede haber agotamiento, así como institucionalización. De ese modo, investigar el grupo oprimido favorito se convierte simplemente en otro día de trabajo rutinario en la oficina. Pero aquí también sigue siendo posible reavivar el flujo de la vieja energía haciendo contacto con la fuente, es decir, acercándonos a un movimiento que esté todavía movilizado. Recargar nuestra energía en él y recibir la corriente multiplicada que viene de la solidaridad y el compromiso. Los viejos izquierdistas (y más precisamente los viejos izquierdistas de la Nueva Izquierda) pueden reavivar su compromiso a través de una acción intelectual que actualice la forma de criticar a los adversarios. La teoría del sistema-mundo, por ejemplo, no es tan sólo otra especialización académica para aquellos que trabajan en ella; hay una resonancia política que convierte temas tan recónditos como las rutas comerciales en el Imperio Otomano en oportunidades para lidiar con la historia de la bestia capitalista. La sociología está llena de gente que tiene pasión y que se implica profundamente en lo que estudia porque muchos de nosotros llegamos del mundo del activismo.

Esta es una segunda razón de porqué la sociología es tan particular. Aun cuando personas políticamente comprometidas y activistas antiguos o actuales trabajen a lo largo y ancho del mundo académico, sólo en unas pocas disciplinas el activismo se enreda tan directamente con el trabajo inmediato y cotidiano como en la sociología. La sociología es prácticamente el más politizado y activista de todos los campos. En años recientes, la literatura, que se parece a la sociología en muchos de los aspectos mencionados, ha llegado probablemente a rivalizar con la sociología en intensidad ideológica. Probablemente las únicas disciplinas que están aún más politizadas que la sociología son aquellas emparentadas con la sociología, como los estudios étnicos, los estudios afroamericanos o los estudios de la mujer, los cuales fueron creados como híbridos entre departamentos académicos y movimientos de activistas.

Vayamos ahora al *quid* de la cuestión. La sociología tiene dos compromisos centrales: lo que he llamado la “mirada sociológica” y el activismo social. Estos pueden combinarse. Algunas personas tienen ambos, simultáneamente o con diferentes fuerzas en distintos momentos de sus carreras. Y alguien puede agotarse de ambos. De modo tal que la población entera de aquellos que nominalmente somos llamados “sociólogos” nos ubicamos a lo largo de esta cuadrícula bidimensional. Mucho del conflicto dentro de la sociología se produce entre aquellos que están en el pico de las intensidades de los dos diferentes compromisos.

A fines de los cincuenta, *The Sociological Imagination* de Ch. Wright Mills castigaba el mero “empirismo abstracto” y la “gran teoría” por perder lo que Mills refería como el verdadero compromiso sociológico hacia una activa crítica y reconstrucción de la sociedad. Hoy, James Rule en *Theory and Progress in Social Science* (1997) hace una crítica paralela, denunciando que la sociología está llena de movimientos intelectuales especializados atrapados en problemas autogenerados, enredados en tecnicismos de su propia invención. Según Rule, movimientos tan diversos como el *rational choice*, el análisis de redes y la teoría feminista comparten la patología de ensimismarse, de rodearse a sí mismos con un muro de vocabulario esotérico y de perder de vista las preguntas de primera importancia referidas a las preocupaciones permanentes: las condiciones de la estratificación, los conflictos sociales y la violencia. Es posible compartir el espíritu de las críticas de Mills y Rule y, sin embargo, ver las dimensiones más amplias del conflicto intelectual. Los blancos de Mills (Lazarsfeld, Parsons, Merton) y mucho de los blancos de Rule también tenían la mirada sociológica. Éstos eran (y son) sociólogos que han encendido su visión, viendo algo a nuestro alrededor que la mirada corriente no ve, sean las funciones latentes (en uno de los ejemplos más viejos) o las estructuras de redes (en uno de los más nuevos).

Desde el punto de vista del activista comprometido, aquellos sociólogos que no trabajan sobre los problemas sociales del momento aparecen como estúpidos incomprensibles o traidores irredimibles a la causa. El compromiso activista hace difícil ver que hay un compromiso que impulsa al otro lado también, sólo que un compromiso completamente diferente. Erving Goffman, ocultándose detrás de los bastidores del hospital psiquiátrico, no miraba pacientes y psiquiatras meramente desde una mirada oficial ni aún contraoficial, sino que estaba produciendo sus propios y distintivos descubrimientos sociológicos sobre cómo se produce la construc-

ción de la normalidad y del yo. Desde el punto de vista del activista, la opinión sobre el trabajo de otros sociólogos tiende a ser “si no eres parte de la solución, eres parte del problema”. Desde el punto de vista del viajero con mirada sociológica, el activista es tan sólo alguien que ya se ha decidido y que no está abierto a ver nada nuevo.

Quizá la formulación reciente más pura del punto de vista de la mirada sociológica es el prefacio a la segunda edición de *The Social Structure of Right and Wrong* de Donald Black (1998). Black considera la mentalidad activista como la anteojera más grande para ver el mundo social: el bien y el mal, las categorías con las que el activista trabaja, son en sí mismas actitudes socialmente variables que surgen de configuraciones particulares de conflicto, control social y manejo del conflicto. Según Black, categorías tales como crimen o identidad étnica o de género son meros conceptos nativos que necesitan ser disueltos en el espacio analítico de la “pura sociología”. Black está muy satisfecho con su mirada sociológica, casi tanto como un vidente hindú tántrico que mira hacia abajo y a través de nosotros, meros mortales.

Las dos versiones del compromiso sociológico, en sus grados máximos, son como formas opuestas, una impide la más básica conciencia de lo que puede ser visto a través de la otra. Un ejemplo reciente de los contratiempos que se pueden producir es la recepción pública de *The Time Bind* de Arlie Hochschild (1997). A lo largo de su carrera, el trabajo de esta discípula de Goffman ha sido una combinación de la mirada sociológica y el compromiso activista. Aunque en ella la mirada sociológica tiende a predominar. Hochschild pisa suelo peligroso porque elige estudiar temas que están en el corazón de la controversia pública actual. Sin embargo, ella no permite que el compromiso determine lo que ve y avanza gustosamente en las sendas abiertas por descubrimientos inesperados.

La investigación de *The Time Bind* comenzó con un misterio. Hochschild notó que relativamente poca gente estaba aprovechando las políticas de empleo amigable con la familia que ofrecían jornadas laborales más cortas, trabajo a tiempo parcial, licencia por maternidad o paternidad, u horarios flexibles. Un diagnóstico políticamente convencional de hoy sería culpar a la presión económica o a la sutil e imperceptible coerción organizacional. Hochschild, en cambio, empezó a ver la situación a través de una forma nueva. Para muchas personas de clase media, el trabajo y el hogar eran lugares en transformación. Los éxitos de los movimientos de mujeres de clase media estaban ahora produciendo consecuencias imprevistas. El hogar estaba convirtiéndose en un fastidio (ya documentado en el libro anterior de Hochschild *The Second Shift*), en la medida en que las mujeres empleadas tienen jornadas laborales más largas y aun así reciben relativamente poca ayuda de sus maridos en casa. Una respuesta posible, que Hochschild percibió, fue abandonar gradualmente la batalla del hogar, desplazando el centro emocional de su vida al trabajo. Junto a esto se produjo un amplio cambio institucional. La vida familiar se ha descualificado y vuelto dependiente de los servicios comerciales para todo, desde la preparación de la comida hasta el cuidado de los niños y el entretenimiento. La fábrica taylorista de principios del siglo XIX, con sus rutinas apresuradas en busca de la eficiencia, ha invadido el hogar justo cuando las técnicas del moderno *management* participativo han hecho los lugares de trabajo de clase media más agradables emocionalmente. Hochschild observa que la serie de servicios para niños, los manuales y

cursos para tratar efectivamente con las situaciones familiares, aun el mismo concepto de “tiempo de calidad” con los hijos de uno, son una especie de carrera contra el tiempo en el hogar, que pone el *management* científico del hogar en funcionamiento para manipular las emociones tanto como las dietas y los minutos. Según Hochschild, toda la forma del trabajo y la familia está cambiando. La tasa de divorcios requiere ser revisada a la luz de los “matrimonios” con los lugares de empleo, siendo el término de la relación laboral una segunda “tasa de divorcio” que, a veces, contrapesa a la primera.

Lo que quiero decir es que la imaginación sociológica de Hochschild se encendió en algún punto de su investigación. El punto de partida suponía cuestiones feministas bastante habituales de la arena pública, pero lo que llegó a observar rebozaba de resonancias irónicas de una historia previa de descubrimiento sociológico: el movimiento de *management* industrial de la primera parte del siglo, el “trabajo emocional” que la misma Hochschild había revelado antes en su estudio de las azafatas (*The Managed Heart*), la interacción entre los ideales oficiales declarados (en este caso, sobre cómo se supone que un padre contemporáneo debe tratar a su hijo) y la realidad tras bastidores de cómo la gente se las arregla en medio de las presiones de las instituciones. Fue explorar estas resonancias, estoy seguro, lo que involucró a Hochschild más y más profundamente en su investigación. La mirada sociológica tiene su modo de arrastrarte por caminos inexplorados. Son estas mismas resonancias las que dan al libro mucho de su atractivo entre los sociólogos.

Mientras tanto, *The Time Bind* ha sido recibido con controversia pública. La mayoría de las personas no tienen la mirada sociológica. El discurso político público se realiza en el lenguaje de los partidos y los movimientos, y todo lo que se publica es interpretado como una movida a favor o en contra de una posición partidaria. Hochschild ha sido atacada por debilitar la *family leave act*², por culpar a las madres trabajadoras de abandonar emocionalmente a sus hijos, por no percibir la lucha de las trabajadoras contra las presiones de la organización corporativa. En su respuesta ante la prensa, Hochschild se aferró a su visión. Acusó a sus críticos de estar cerrando los ojos a una inesperada realidad que temen mirar. Algunos de los críticos de Hochschild son sociólogos y parte del ataque es mucho más que la mera mentalidad lega contra el sociólogo profesional. Se trata del permanente conflicto propio de nuestra disciplina, la postura activista contra la mirada sociológica. Parte de la controversia en torno al trabajo de Hochschild mezcla ambas dimensiones. Hay cuestiones técnicas en juego, relativas a los métodos de investigación, al alcance de las interpretaciones basadas en la particular selección de datos y a las imágenes subyacentes de las clases de familias que existían en un período histórico anterior. Parte de la crítica activista de los hallazgos indeseados de Hochschild es realizada en el terreno de la disputa técnica. Y de hecho ella bien puede ser criticada en alguno de estos aspectos, como por ejemplo la complejidad de las causas que explican porqué los empleados no toman más tiempo libre de su trabajo.

Aun así, la importancia de la visión de Hochschild persiste. Sin importar lo especializado de la muestra de su investigación, ella apunta a lo más novedoso del

cambio social. El misterio en torno a las licencias fue sólo el punto de entrada a una comprensión más amplia. La mirada sociológica de Hochschild ilumina porque nos da una nueva perspectiva, una manera de comprender lo que ha ocurrido con el complejo trabajo-y-hogar a medida que pasamos por una divisoria de aguas histórica. Estudiada analíticamente, en vez de moralmente, la cuestión no es denunciar o defender la tercerización actual del cuidado de los hijos, el cuidado del hogar, el entretenimiento y el apoyo emocional. Tampoco se trata de la nostalgia por otra era en la cual en efecto las mujeres de clase media estaban confinadas al trabajo especializado de las labores domésticas. Creo que los críticos de Hochschild se equivocan al asumir que ella simplemente ha retorcido la escala de valores del activista, y no logran entender la seriedad de un compromiso que fuerza a ver tanto como se puede con la mirada sociológica, sin importar cuán incómodas o perturbadoras puedan ser las novedades descubiertas.

Las dos fuentes del compromiso de los sociólogos a menudo luchan entre sí. Si tenemos que elegir entre una u otra, yo digo que debemos elegir la mirada sociológica. Porque si la perdemos, todo está perdido. Sin ella, aun los activistas sociológicos pierden su creatividad y credibilidad frente al público, apareciendo únicamente como proveedores de hechos elegidos por personas que ya se han decidido. Pero a menos que haya una guerra total entre las facciones podemos convivir con la lucha y aun prosperar con ella. La sociología es afortunada de tener tanta energía inherente, tanto compromiso intelectual, aun cuando algunas veces esos compromisos tengan fines enfrentados.

De todas formas, no siempre es así. Otras veces las intensidades son más moderadas, haciendo más fácil la combinación. Y a veces los dos compromisos son fuertes, pero la mirada sociológica se ajusta maravillosamente a lo que el activista social quiere revelar. Las etnografías urbanas de la vida callejera de Elijah Anderson, *Streetwise* (1990) y *Code of the Streets* (2000), son buenos ejemplos. Anderson pone en juego una mirada goffmaniana para los matices de las señales y signos producidos en público, al mismo tiempo que presenta los dilemas de la interacción social en un barrio racialmente heterogéneo y físicamente peligroso. Un activista de buen corazón sin otros recursos que las mejores intenciones, o un activista enojado y de gran rectitud, no podría haber escrito estos libros. Se necesita para ello una mirada sociológica. Y lo que la mirada sociológica vio es ahora revelado a quienes leemos los libros de Anderson. Probablemente la mirada sociológica será siempre la posesión de un grupito de devotos dentro del conjunto de la sociedad más amplia. Pero la frontera entre sociólogos y legos no es fija y parte de lo que podemos ver puede atravesarla. Cuando ello ocurre consigue ampliar la mirada de otras personas.

* *Randall Collins* es un sociólogo norteamericano nacido en 1941. Doctorado en Berkeley, dictó clases en diversas universidades estadounidenses, llegando a ser presidente de la American Sociological Association en 2011. Actualmente es Profesor emérito de Sociología en la University of Pennsylvania. Su trabajo se ha orientado en las más diversas líneas, incluyendo el estudio del conflicto, la sociología del conocimiento, la llamada macrohistoria, la violencia y la teoría social. Entre sus prin-

cipales obras traducidas al español figuran: La sociedad credencialista: sociología histórica de la educación y de la estratificación (Akal, 1989), Cuatro tradiciones sociológicas (Universidad Autónoma Metropolitana, 1996), Perspectiva sociológica. Una introducción a la sociología no obvia (Universidad Nacional de Quilmes, 2009) y Cadenas de rituales de interacción (Anthropos, 2009).

Notas

¹ Publicado originalmente en *Contemporary Sociology*, Vol. 27, N°1, Ene. 1998, pp. 2-7. Traducción de Juan Pedro Blois.

² NdeT: Se refiere a la ley sancionada en Estados Unidos en 1993 que obligaba a los

grandes empleadores a conceder licencias por motivos familiares o médicos. Anteriormente la provisión de licencias quedaba a discreción de cada empleador.

Bibliografía

Anderson, E. (1990) *Streetwise: Race, Class and Change in an Urban Community*, Chicago, University of Chicago Press.

Anderson, E. (2000) *Code of the Streets: decency, violence, and the moral life of the inner city*, New York, Norton & Company.

Black, D. (1998) *The Social Structure of Wright and Wrong*, Orlando, Academic Press.

Collins, Randall (1998) *The Sociology of Philosophies: A Global Theory of Intellectual Change*, Cambridge, Harvard University Press.

Heilbron Johan (1995) *The Rise of Social Theory*, Minneapolis, University of

Minnesota Press.

Hochschild, Arlie (1983) *The Managed Heart*, Berkeley, University of California Press.

Hochschild, Arlie (1989) *The Second Shift: Working Parents and the Revolution at Home*, New York, Viking.

Hochschild, Arlie (1997) *The Time Bind: When Work Becomes Home and Home Becomes Work*, New York, Metropolitan Books.

Rules, James B. (1997) *Theory and Progress in Social Science*, Cambridge, Cambridge University Press.